**CARTA ABIERTA: CREAR EL FUTURO, REINVENTAR IZQUIERDA DESDE EL SOCIALISMO DEMOCRÁTICO**

Creo que hoy muchas ciudadanas y ciudadanos frenteamplistas tenemos puesta la mirada, la energía y el corazón de nuestros esfuerzos en la victoria, primero de Daniel Martínez como precandidato del Frente Amplio el 30 de junio y, segundo, de las fuerzas populares y nuestro Frente Amplio, en las elecciones de Octubre.

Mi desafiliación no es una despedida, porque nos seguiremos encontrando en el Frente Amplio y en las luchas populares, es una bienvenida para construir lo nuevo, reinventar la izquierda y el Frente Amplio, proyectar un socialismo democrático nacional renovado y de mayorías que también encarna Daniel.

El proceso de los últimos diez años en la organización que, desde este momento, dejo de integrar, tras una experiencia reciente intensa como dirigente partidario y militante de mi organismo de base que incluyó, durante tres años y hasta mayo, la integración del Comité Ejecutivo Nacional, el Comité Central y la dirección de la Secretaría Nacional de Formación me lleva a tomar esta decisión.

Estamos vivos porque somos capaces de aprender lecciones de experiencias ricas y contradictorias como la de mis 40 años de trayectoria socialista. Ingresé a la gloriosa JSU (Juventud Socialista del Uruguay) en plena clandestinidad, año 1978 y participé activamente luego en la Dirección Nacional clandestina y legal de la JSU (hasta 1985) y después en el Comité Central, integrando también algún Comité Ejecutivo Nacional, y organismos de programa o formación hasta 1995. Regresé a la militancia en la organización hacia el año 2001 y entre medio mantuve una línea de asesoría permanente al compañero Reinaldo Gargano en temas de comunicación y análisis político. Por el valor de esa experiencia asumo esta decisión sin perder un ápice del cariño, el reconocimiento y la fraternidad con todas y todos los compañeros y compañeras con quienes hemos compartido juntos, con discrepancias o acuerdos, caminos dentro de esas filas.

La desafiliación es hoy el camino coherente con las señas de identidad del socialismo renovador que defendí ya – como metodología, análisis-visión de la creación del futuro y conjunto de prácticas – desde los años de la clandestinidad, cuando revalorizamos la democracia en la lucha contra la dictadura militar. Y es hoy fidelidad con las señas de identidad del socialismo histórico que supimos recrear entre tantos en las luchas contra la dictadura y se expresó, luego de su retorno del exilio, en la Secretaría General de Reinaldo Gargano con quien mantuvimos acuerdos y diferencias siempre dentro de una matriz socialista común.

Es la actualidad de la tradición viva del socialismo democrático que expresaron Emilio Frugoni y Paulina Luisi. Pero también junto a Batlle y Ordoñez (Domingo Arena lo definió como “socialista sin programa”), Salvador Betervide y el socialismo afro, Esperanza Aguirre o Iris Cabral y el feminismo afro, Julio César Grauert y Avanzar en el diálogo socialista entre primer batllismo y socialismo, blancos socialdemócratas y latinoamericanistas como Lorenzo Carnelli y Carlos Quijano.

El socialismo democrático es universal y es local y nacional, por eso es Salvador Allende y es Olof Palme, es Nelson Mandela, Flora Tristán y Enrico Berlinguer.

Durante los últimos diez años se fueron perfilando dos culturas políticas adentro de la organización, la primera heterogénea, diversa, adherida a los valores democráticos que los socialistas defendemos como valores universales. Durante la gestión de Mónica Xavier hubo un empate que anuló el posicionamiento claro y sustancial, sobre temas de fondo, del partido socialista de cara a la sociedad. La resolución del empate el 23 de marzo reafirma un giro que cambia la identidad de esta fuerza de izquierda.

Las diferencias de fondo y de visión del mundo son lógicas en el Frente Amplio que por eso es Frente y es Amplio, pero no dentro de cada sector. Que debe ser plural y diverso. Pero aportando cohesión a partir de cosmovisiones claras porque sólo así se crean consensos verdaderos y durables.

En la organización que integré se ha impuesto una cultura política y eso es positivo. Pero esa cultura política es antagónica con la identidad socialista democrática e histórica y asume, desde mi parecer, varios rasgos fundamentales.

En primer lugar una visión instrumental o, en ocasiones, ambivalente sobre la democracia y las libertades fuera de Uruguay, no como conquista siempre incompleta y orden siempre inacabado sino como dimensión relativa de la política de izquierda, como se probó en múltiples debates sobre el régimen autoritario de Maduro por ejemplo. Desconoce las lecciones de la caída del socialismo real, del coqueteo de fracciones de izquierdas con autoritarismos de todo signo y las propias autocríticas del Partido Socialista (por ejemplo el documento “Tres desviaciones peligrosas, foquismo y marxismo escolástico y militarismo peruanista” aprobado por el 39 Congreso de 1987).

Es la segunda muerte del socialismo democrático.

Segundo. Hay una cultura difusa con el sello de la fascinación por el populismo con sus ingredientes mágicos o religiosos. El populismo es un animal ajeno a las izquierdas.

Los populismos construyen la creencia de que cambian lo real cuando lo consolidan. Sustituyen el cambio por la creencia de que ocurre.

Sustituyen valores socialistas democráticos y la confianza en la acción de la gente por la esperanza de líderes mesiánicos que construyen desde arriba la voluntad del pueblo. Pero la admiración local del peronismo, por ejemplo, o del madurismo, desconoce la matriz reformista social y liberal-democrática del Uruguay moderno enraizada en los principios de las Instrucciones del Año XIII, es decir, de la nación uruguaya aportando sus particularidades al sueño de Latinoamérica como una “patria sin fronteras con que sueñan los grandes humanistas”, al decir de Domingo Arena.

La pasión cívica, reformadora, republicana y socialista no es la fascinación enferma de la magia populista. Hay un desafío de nuevos internacionalismos, asegurando la autonomía de la izquierda de Uruguay, de todos los Imperios que compiten entre sí por la captura de recursos, de grandes corporaciones concentradas de capital o de centros de poder externos que supuestamente quisieron o quieren marcar la línea de la izquierda (sean Caracas, Madrid, Buenos Aries, Estocolomo, La Habana, Brasilia, Washington, Moscú o Beiijng).

En tercer lugar, múltiples debates públicos con mi estimado Daniel Olesker, hoy primer candidato al senado de la lista 90, mostraron como esta cultura ignora o subestima las verdaderas tareas históricas para producir un salto en el desarrollo humano del país y propone sistemáticamente recetas del pasado para problemas del presente y del futuro. No hay izquierda sin impuestos progresivos. No hay izquierda sin esfuerzos serios por regulaciones globales del capital financiero o tasas globales al capital para la gobernanza global. Pero esto es diferente de una “economía mágica” – que felizmente no fue adoptada por los programas del Frente Amplio – pro cíclica que pide subir impuestos al capital, rentas y crear nuevos impuestos en una fase global y regional de retracción de la inversión para financiar al mismo tiempo aumentos fuertes de gasto público como si el país hoy no tuviese un déficit fiscal que se debe reducir. Y como si el aumento del gasto fuese el método siempre infalible para obtener resultados en cualquier política pública.

No son recetas para crecer, crear empleos y distribuir con justicia la riqueza, son recetas probadas para agravar desequilibrios macroeconómicos y enterrar la creación genuina de riqueza. La calidad de procesos, la calidad del gasto y la calidad de los bienes públicos que recibe la ciudadanía quedan fuera de la mira de las políticas públicas reducidas al aumento de los recursos financieros.

Es la reivindicación, más abierta o más pudorosa, de políticas sectoriales de regreso a la sustitución de importaciones y protección arancelaria que ya fracasaron en Uruguay durante 13 años de estancamiento preparando el funeral de la democracia.

Es el rechazo a priori de acuerdos de comercio internacional y el refugio mágico en un Mercosur que después de 30 años no ha levantó barreras arancelarias ni paraarancelarias con gobiernos de todo signo en Argentina y Brasil.

En cuarto lugar, entre todos hemos construido una herramienta de máquinas que no miran hacia su afuera, hacia la sociedad civil, que no viven dentro de ella, con las nuevas formas de vida de la gente, sus sueños, alegrías y sufrimientos reales.

Hay una tendencia prepolítica de representación automática de intereses de corto plazo de categorías que comparten (más allá de las diferencias internas de ingresos) privilegios e intereses corporativos (captación de una parte de la renta pública por una categoría de estatus compartido dentro y fuera del aparato estatal) que pueden ser antagónicos con el interés horizontal del conjunto de la clase trabajadora o el interés público de la ciudadanía o de los sectores populares desprovistos de voz.

En quinto lugar hay orientaciones distintas de la política de alianzas dentro del Frente Amplio. Para nosotros hoy se trata de unir a toda la izquierda democrática, y también a la izquierda de cuño socialista democrático, detrás de la candidatura de Daniel Martínez, aunque esta tarea sea compleja y difícil por la fragmentación existente en una parte del mundo de la izquierda.

Para la orientación que prevalece en la organización es necesario un viraje de alianzas con sectores que dentro del FA, sin intención explícita a veces, coincidan en el populismo económico, el *tradeunionismo* corporativo (denunciado por Lenin) que desconoce la recíproca autonomía entre partidos y agentes sociales y una visión del mundo que menosprecia el valor universal de los derechos humanos sin dobles ni triples raseros. Una visión miope observa un imperialismo único representado por Estados Unidos aunque sea China la potencia que hoy nos vende manufacturas y bienes de alta o media intensidad tecnológica y nos compra commodities.

Por supuesto que compartimos muchas coincidencias fundamentales sobre la agenda social, reconocimiento y defensa de derechos o la visión de una izquierda feminista así como la angustia y la solidaridad con todas las personas que padecen o sufren.

La agenda del socialismo democrático hoy exige mirar el presente desde el futuro para construir ciudadanía y una política abierta a la sociedad civil, orientada hacia la gente y no guiada por máquinas autoreferenciales.

La perspectiva de socialismo renovador en valores es una civilización humanista ecológica de igualdad – contra la lotería del nacimiento – para el ejercicio equivalente de nuestras variedades y libertades como individuos, una política democrática de desarrollo fundada en una relación nueva entre ecología – desarrollo humano – revolución tecnológica y participación ciudadana.

El ideal socialista de emancipación humana supone personas libres de su dependencia del mercado, pero también de la tutela de burocracias estatales, autoridades religiosas, familias patriarcales o sueños populistas creando sociedades de igualdad y libertad.

Con ese horizonte utópico hoy el socialismo renovador y las izquierdas democráticas unidas deben aportar el diseño de una batería de reformas de estructura que el Frente Amplio llevará adelante, bajo la conducción de Daniel Martínez en la Presidencia de la República y con acuerdos nacionales o de amplio espectro político. La tarea socialista democrática es promover el salto de Uruguay hacia una nueva sociedad más justa, ecológica y de alta calidad de desarrollo humano multiplicando la productividad sostenible de los factores de producción y la calidad de nuestro principal recurso, que somos las personas.

Para ello necesitamos una profunda transformación de la educación, modernizar el modelo de relaciones laborales de negociación colectiva centralizada, una estrategia nueva para reducir la segregación socio espacial, una reforma de la seguridad social que mejore la igualdad y eleve el 40% de pensiones más bajas asegurando la sostenibilidad del crecimiento económico, políticas productivas de promoción de conglomerados productivos, políticas de desarrollo científico técnico y promoción de industrias culturales creando nuevos empleos y agregando valor al conjunto de la economía, políticas de licencias paternales y cuidados con nuevos pactos de igualdad entre varones y mujeres, políticas de oportunidades y equidad de la comunidad afrouruguaya.

En mi condición de ciudadano independiente inspirado por las ideas y valores del socialismo democrático uruguayo aportaré todos mis esfuerzos para construir un gran espacio político, cultural y social de la izquierda democrática – popular, innovadora, feminista, promotora de unidad entre las fuerzas de la ciencia y la cultura con la clase trabajadora y los sectores emprendedores que arriesgan e innovan– concebida como motor del Frente Amplio y el cambio del modelo de desarrollo del Uruguay.

Eduardo de León